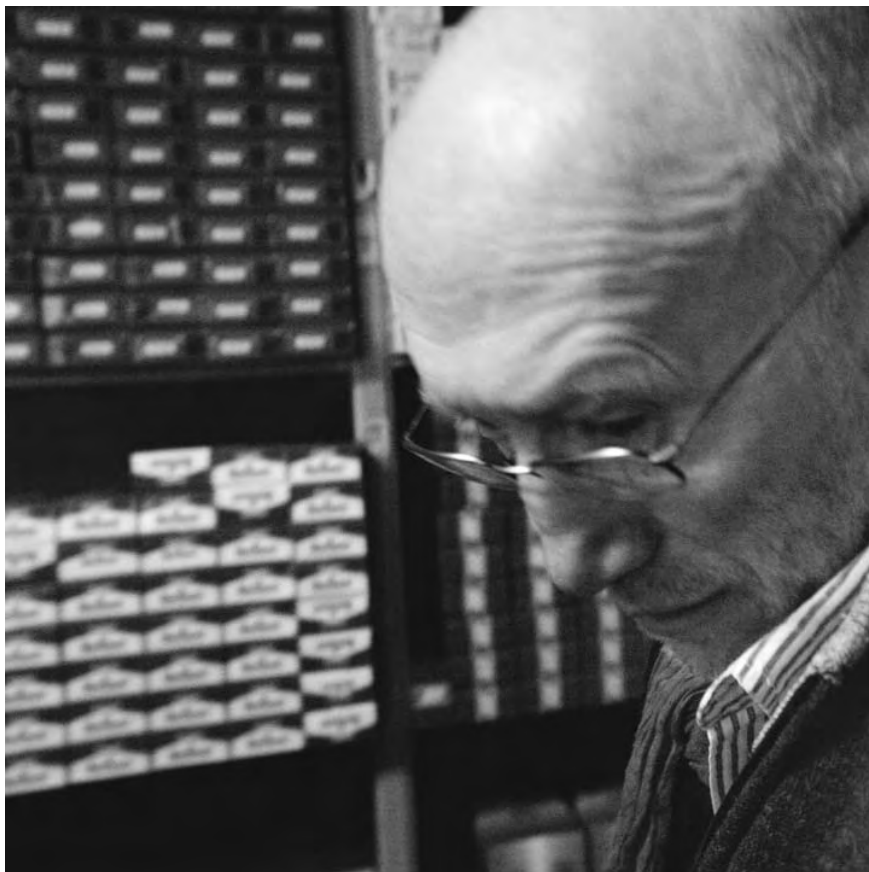


El estanco de Toño, un estanco muy particular

Redacción

Fotos: Pedro Pérez Esteban



Entrevistamos a Toño Sauras Obón, que ha cerrado el estanco de la Plaza el Lugar, (nombre que recibe la plaza del pueblo y no “de los tres caños”, como él nos recuerda) para irse a una nueva ubicación. Aquí hacemos la entrevista, con interrupciones continuas por la gente que entra a comprar tabaco. Toño hace las dos faenas, atender a los clientes y contestarnos... al final es el monólogo de un superviviente.

El día que cerré el estanco, el sábado a la una, era consciente de que cerraba un local que llevaba muchos, muchos años abierto; me iba y no volvía otra vez. La sensación fue que se había acabado una época.

Lo mejor ha sido la placica, un punto de reunión. Había sido lugar de festejo cuando las mozas iban con los cántaros a por agua y los mozos al abrevadero.

Se mezclan mis recuerdos de pequeño con los últimos de los jubilados de cháchara por la mañana y por la tarde las vecinas. Se cuenta de todo, se han peleado, se han hecho amigos...

La calle fue peatonal, era un punto de encuentro, tabernas, gentes, era el centro del pueblo. Y en el estanco, cuando yo lo conocí de pequeño, había una mesa camilla con braserico y tertulia. Mosén Carmelo solía estar allí, charrando.

Era cuando el titular era mi abuela, aunque servían mi tía Josefa y mi tío Martín. Antes había sido titular mi abuelo materno, Antonio Obón, que tenía tienda y solicitó los tabacos. De entonces, 8 de agosto de 1925, es la placa “Expededuría oficial de tabacos n.º 2”. La 1, que era anterior, era de la mujer de Ángel Cañada y luego fue la 3 la de “la Federa”.

Se vendían tabacos y explosivos. Llegó un momento en el que lo de los explosivos era un incordio, así que decidió quitárselos. El día en que fue a entregar los explosivos, ya no bajó. Era el 36, el inicio de la guerra. Lo fusilaron.

Entonces pasó la titularidad a Vicenta Gambod Villanueva, mi abuela. Cuando la colectividad, siguió en el estanco y la tienda mi madre. Después fue Menchu la estancquera cinco años y luego yo, de esto ya hace 22 años.

Al comentarle esa especie de faceta de estancero-cronista-contador de historias y un poco Almodóvar nos dice:

De estar todo el día en la calle, 22 años, charrando con ancianos, si estás con ellos y te cuentan batallitas, te las aprendes y si les pinchas, pues más.

La gente te cuenta las cosas por ser habitual, siempre fijo, por ser conocido, de cada día.

Ha sido curioso ver cómo faltaban año tras año los viejecillos. Si hubiéramos pasado lista, siempre faltaba alguno. Ahora, los que empiezan a ser abuelos jubilados no tienen costumbre de ir a la placeta, no hay releva. Cada año acuden menos.

Le preguntamos sobre robos, si se deja a fiar y si entra gente a pedir:

Me robaron tres veces, una con jeringuilla, que no me dejé. Era la época de los “colgaos” de la heroína. La primera vez lo intentaron, rompieron los candados, pero los vecinos los pusieron en fuga. La segunda se llevaron mucho tabaco y dinero, la recaudación de dos máquinas; y la tercera, el de la jeringuilla, me enfrenté y al final se fue.

Hubo una temporada que venían muchos a pedir, ahora menos. Como iban a pedir a la iglesia, venían luego a cambiar las peseticas por moneda más grande y pedían a la vez.

Sí que se deja a fiar, y hay de todo, quien te lo paga enseguida y a quien, aunque se lo recuerdes, cuesta cobrar. ¡Ahí sí que todavía no he aprendido! Y cuando llegué, que iba de “hippilondio”, todos los “manguis” del pueblo entraron a saco. Pese a lo que dice la gente: “El vicio pide fianza”.

Cuando estamos hablando de este tema, entra una persona a pagar una deuda: 4,55. Compra más tabaco y paga 7,80. Toño saca su libreta y lo tacha.



El nuevo estanco tiene una fotografía de Pedro Pérez, el fotógrafo que ha hecho el reportaje del artículo, con Toño y Ana en acción, en el estanco viejo. Ha bajado los mostradores, el cartel de "Se trabajan 25 horas", la bolsa de las cubanas... se ha traído aquí un poco de aquello; las estanterías las ha dejado, eran fijas.

En el viejo estanco podía leer, hablar, aprendí a manejar el ordenador. Allí eran "mis clientes", aquí son "clientes". Pero hay que adaptarse. Aquí no tengo tiempo, tengo un libro empezado desde el primer día, Los enemigos del comercio, de Antonio Escotado, y no he terminado ni la introducción.

Con cierta nostalgia nos cuenta, por último, una curiosa anécdota del viejo estanco:

Uno de los tertulianos de la plaza era Celestino, el director de la banda. Ensayaban allí, en el Horno y le dije que me gustaría aprender a tocar el saxo. Un día apareció con las libreticas y me enseñó. Me compré un saxo soprano, él me lo agenció. Y ensayaba cada día. A veces venía él con el clarinete y hacíamos dúos. Era "el único estanco con música en directo".

